

# escritos 1

**biblioteca clásica  
de siglo veintiuno**

# jacques lacan

# escritos 1

edición revisada y corregida por Jacques Lacan,  
Juan David Nasio y Armando Suárez

Traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez

**Biblioteca Nueva**

**siglo xxi editores, s. a. de c. v.**

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,  
04310, MÉXICO, DF  
www.sigloxxieditores.com.mx

**salto de página, s. l.**

ALMAGRO, 38,  
28010, MADRID, ESPAÑA  
www.saltodopagina.com

**editorial anthropos / nariño, s. l.**

DIPUTACIÓ, 266,  
08007, BARCELONA, ESPAÑA  
www.anthropos-editorial.com

**siglo xxi editores, s. a.**

GUATEMALA, 4824,  
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA  
www.sigloxxieditores.com.ar

**biblioteca nueva, s. l.**

ALMAGRO, 38,  
28010, MADRID, ESPAÑA  
www.biblioteca nueva.es

[Écrits I. Español]

LACAN, JACQUES

Escritos 1 ; traducción del francés por Tomás Segovia y Armando Suárez ;  
Jacques Lacan, Juan David Nasio y Armando Suárez (rev.). - Madrid : Biblioteca  
Nueva, 2013

495 p. ; 23 cm

ISBN Obra completa 978-84-15555-22-3

ISBN 978-84-15555-18-6

1. Formación del yo 2. Agresividad 3. Criminología 4. Palabra y lenguaje  
5. Transferencia 6. Freud 7. Psicoanálisis 8. Psicología I. Segovia,  
Tomás y Suárez, Armando, trad. II. Lacan, Jacques, Nasio, Juan David y  
Suárez, Armando, rev.

616.8

MMH

159.97

MMJ

159.9

JM

80

CF

Título original: *Écrits I*

- © 1966, Éditions du Seuil
- © 1971, Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.
- © 2002, Siglo XXI Editores Argentina S. A.
- © 2013, para esta edición, Editorial Biblioteca Nueva, S. L.

El titular de los derechos para publicar esta obra en español es SIGLO XXI EDITORES, S. A. DE C.V., quien autorizó a EDITORIAL BIBLIOTECA NUEVA, S. L. a realizar la presente reimpresión para ser comercializada únicamente dentro del territorio europeo.

Diseño de interior: tholön kunst

1.ª edición en Editorial Biblioteca Nueva, S. L., 2013

ISBN Obra completa: 978-84-15555-22-3

ISBN Volumen 1: 978-84-15555-18-6

Depósito legal: M-191-2013

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los

# Índice general

## TOMO 1

Nota del director de esta colección, <i>por Armando Suárez</i>	11
Nota del traductor, <i>por Tomás Segovia</i>	15

### Uno

Obertura de esta recopilación	21
El seminario sobre “La carta robada”	23

### Dos

De nuestros antecedentes	73
Más allá del “Principio de realidad”	81
El estadio del espejo como formador de la función del yo [ <i>je</i> ] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica	99
La agresividad en psicoanálisis	107
Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología	129
Acerca de la causalidad psíquica	151

### Tres

El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma	193
Intervención sobre la transferencia	209

### Cuatro

Del sujeto por fin cuestionado	223
Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis	231
Variantes de la cura-tipo	311
De un designio	347
Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	351

Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	363
La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis	379
El psicoanálisis y su enseñanza	411
Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956	431
La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud	461

## TOMO 2

**Cinco**

De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis	509
La dirección de la cura y los principios de su poder	559
Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”	617
La significación del falo	653
En memoria de Ernest Jones: Sobre su teoría del simbolismo	663
<i>De un silabario a posteriori</i>	683
Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina	689

**Seis**

Juventud de Gide o la letra y el deseo	703
Kant con Sade	727
Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano	755
Posición del inconsciente	789
Del <i>Trieb</i> de Freud y del deseo del psicoanalista	809
La ciencia y la verdad	813

**Apéndices**

1. Comentario hablado sobre la <i>Verneinung</i> de Freud, por Jean Hyppolite	837
2. La metáfora del sujeto	847

**Índices**

Índice razonado de los conceptos principales	855
Tabla comentada de las representaciones gráficas	865
Términos de Freud en alemán	871
Índice onomástico	875
Referencias bibliográficas en orden cronológico	885



## Nota del director de esta colección

Cuando en 1970 y en mi calidad de director de esta colección propuse al director de Siglo XXI la traducción de los *Écrits* de Jacques Lacan, trataba de presentar al público de habla española un autor prácticamente desconocido, nombre vagamente asociado para algunos a un mito, para otros al escándalo. Aparecidos cuatro años antes en un grueso volumen, sólo unas pocas docenas de estudiosos en Buenos Aires, México, Madrid o Barcelona se esforzaban en descifrar una prosa gongorina, que condensaba en un artículo de 20 o 30 páginas la enseñanza de uno o dos años, proseguida miércoles a miércoles en su ahora ya célebre Seminario. Hoy son miles los que se interesan en esta enseñanza, facilitada entretanto por la traducción de algunos de sus seminarios estenografiados, por las obras de sus discípulos franceses y por la publicación de ensayos diversos de sus seguidores latinoamericanos y españoles. Siglo XXI cuenta en su catálogo con una muestra representativa de tales contribuciones y seguirá presentando lo más significativo que se produzca en esta línea, convencido como estoy de que los planteamientos de Lacan, se esté o no de acuerdo con sus presupuestos o con sus conclusiones, no pueden ser en el futuro ignorados por nadie que quiera repensar y hacer avanzar la reflexión y el cuestionamiento de las bases teóricas del psicoanálisis.

Para todos aquellos que compartan esa convicción mínima y que deseen profundizar en la obra del psicoanalista francés más original de este siglo, aun cuando dispongan de algunas de las ediciones anteriores de sus *Escritos* publicadas por Siglo XXI, la presente edición les será de incalculable utilidad, por no decir indispensable. Y ello por las importantes, decisivas novedades que ofrece.

En primer lugar, porque se ha restituido el ordenamiento original de los textos tal como apareció en la primera edición francesa de 1966, ordenamiento que no es casual ni simplemente cronológico, sino que obedeció a una intención didáctica precisa. El primer tomo de las ediciones anteriores de Siglo XXI traducía solamente una selección, realizada por el propio La-

can, de lo que en aquel momento consideraba él más representativo de su obra: lo que también conserva un valor y una significación. Pero esta decisión excluía algunos textos del segundo volumen previsto.

De ahí que —segunda novedad— esta edición presente por primera vez la versión completa de los trabajos incluidos en el original. Para ello, yo mismo me encargué de traducir los textos omitidos en las ediciones anteriores y que son, además de la “Obertura de esta recopilación”, “Más allá del principio de realidad”, “Sobre la causalidad psíquica”, “La metáfora del sujeto” y “Juventud de Gide”. De los cuatro últimos se publicaron en ediciones no autorizadas versiones que, no obstante, tuve en cuenta a la hora de hacer la traducción; de cualquier forma, había que revisarlas y son ya inencontrables.

También esta edición presenta la traducción de la mayoría de los términos, locuciones y hasta citas enteras —griegas, latinas, alemanas e inglesas— que pululan en el texto original, para confusión del lector medio, a quien no se le puede achacar tamaña erudición y que se encuentra así desarmado, no sólo para la crítica, sino para la comprensión del argumento. Yo mismo he realizado la mayoría de las traducciones, no sin remitirme en el caso de algunas citas clásicas a las traducciones más accesibles, y he tratado de explicitar muchas citas implícitas, cuando he conseguido identificarlas, así como muchos textos citados sin consignación de autor o de obra. Finalmente he establecido la correspondencia de las citas de Freud, hechas por Lacan según la edición alemana (*Gesammelte Werke*, Imago Publishing, Londres) o francesa, con la traducción de José L. Etcheverry editada por Amorrortu, de acuerdo con la siguiente convención: A. x, p. 125 = *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, tomo x, página 125.

El texto íntegro de las ediciones anteriores ha sido revisado. No he tratado de corregir, ni menos aún de “mejorar”, una traducción soberana. Dudo de que en otras lenguas haya tenido Lacan un traductor tan fiel al espíritu de su letra y a la letra de su espíritu como se ha mostrado Tomás Segovia en su versión, tarea erizada de dificultades pero para la que lo capacitaba, no tanto su dominio de la lengua y la literatura francesas, sino su condición de altísimo poeta de la lengua castellana. Pero ni el mejor traductor está libre de lapsus de lectura y escritura, ni la edición más cuidada se ve exenta de erratas. Las “innovaciones” resultantes de mi revisión han sido introducidas de acuerdo no sólo a las exigencias planteadas por el propio Lacan (preservar la versión única de términos con valor conceptual diferencial), sino a los principios inspiradores de la versión defendidos por el propio Tomás Segovia (ante todo, defender la sintaxis y, en lo posible, el vocabulario españoles frente a la colonización por el francés). He tratado, así,

de corregir desde luego las erratas de imprenta, de restituir las palabras, frases, líneas e incluso párrafos omitidos y también de unificar los términos técnicos. Esto ha implicado a veces la sustitución de términos correctamente utilizados por Tomás Segovia por otros sinónimos, menos castizos quizá, pero de curso actual en la ya abundante literatura lacaniana en castellano o que eliminaban el riesgo de pensar que se trataba de un concepto diferente. Así, he reemplazado las diversas versiones de *fente*, *refente* y *clivage* (hendidura, rajadura, etc.) por el término único “escisión” (la mejor versión, sin duda, de la *Spaltung* freudiana a la que se refiere Lacan). También, a partir del momento en que Lacan introduce el término *forclusion*, he sustituido el vocablo “recusación” —que vierte correctamente la *Verwerfung* freudiana— por el de “preclusión”, homólogo español del tecnicismo jurídico-procesal adoptado por Lacan para designar el mecanismo constituyente de la psicosis, consistente en una no integración del significante del Nombre-del-Padre en la batería significativa del sujeto en plazos que implican prescripción. Igualmente, aunque es mucho más acorde con el genio y la sintaxis castellana hablar de “una realidad” en lugar de escribir “un real”, he restituido esta última expresión, habida cuenta de la diferencia conceptual que Lacan pretende establecer entre “la realidad” y “lo real”. He sustituido, en cambio, la expresión decididamente no castellana “falta en ser” por la de “carencia de ser” u ocasionalmente, cuando no había riesgo de resonancias evocadoras de culpa, “falta de ser”. *Manque-à-être* constituye ya en francés un forzamiento de la sintaxis usual; pero Lacan profiere aquí un discurso ontológico y es su lengua. No veo en ello razón para afrancesar la nuestra. El francés, por otra parte, dispone de dos expresiones: *manque* y *faute*, cuyos campos semánticos se traslapan parcialmente; pero *manque* no tiene connotaciones morales, como sí las tiene *faute*. De ahí mi decisión de traducir *manque* por “carencia” (“mengua” habría sido arcaizante) en lugar de “falta”. Por lo demás, soy consciente de que toda traducción conlleva inevitablemente una dosis de “interpretación”: estas aclaraciones deben prevenir al lector sobre esta eventualidad.

Tomás Segovia, finalmente, trató de modificar algunas letras de los “grafos” (término técnico también reemplazado) para ponerlas de acuerdo con el texto, que no podía decir en castellano sin absurdo, por ejemplo: “Otro con A mayúscula” al verter “Autre avec un grand A”. Pero a la larga ni en el texto ni en los “grafos” podía mantenerse la coherencia. Ocurre que lo que Lacan empezó usando como un recurso didáctico, para hacer sensibles ciertas correlaciones conceptuales, acabó transformándose en un intento de formalización lógico-algebraica. Quizá los callejones sin salida de la traducción

muestren en vivo las paradojas de esta tentativa de construir un álgebra que no desdeña la intuición, una formalización que no recusa el contenido y una lógica del significante que subrepticamente recurre a los prestigios del significado. (¿O serán las paradojas del propio Inconsciente?) Sea como fuere, la “salida” —que no “solución”— menos mala que se me ocurrió fue conservar las notaciones originales, tanto en los “grafos” como en el texto, y proporcionar, entre paréntesis o en nota al pie, las aclaraciones pertinentes. No obstante —y en previsión de que yo también incurriera en lapsus o inadvertencia en mi revisión— anoto desde ahora las correspondencias que pudieran dar lugar a equívoco: A = *Autre* = Otro; a = *autre* = otro; m = *moi* = yo; M = *Mère* = Madre; P = *Père* = Padre.

Tomás Segovia ha sido demasiado generoso conmigo en su prólogo: quizás con esta revisión, que espero no desluzca el brillo de su obra, merezca al fin su reconocimiento.

Finalmente quisiera agradecer a Martí Soler el esmero, la inteligente atención y sobre todo la inagotable paciencia que ha mostrado al cuidar esta nueva edición de los *Escritos* de Lacan.

*México, octubre de 1983*

ARMANDO SUÁREZ

## Nota del traductor

Esta segunda edición española introduce cierto número de diferencias con respecto a la primera. Aparte de las erratas y omisiones subsanadas ahora, la mayoría de los cambios proviene de la minuciosa revisión que hizo el autor, asistido por el psicoanalista argentino doctor Juan David Nasio. El traductor, naturalmente, adoptó todos aquellos que le parecieron inmediatamente convincentes, así como aquellos en que el autor insistió, como era, pensamos, su derecho. La parte más sustancial de estas variantes corresponde a los términos que, en palabras del propio autor, “tienen en su discurso función conceptual”, y él mismo propone como ejemplo los términos “*demande, demander*”. En la primera edición el sustantivo se había traducido las más de las veces por su cognado “demanda”, pero no así el verbo, salvo pocas veces, por considerar que “demandar” es ante todo en español un verbo del vocabulario jurídico que evoca antes la idea de “presentar pleito” que la de “pedir” (también el sustantivo, pero menos marcadamente). El autor prefiere sin embargo mantener la misma raíz y atenerse a ella “cada vez que se pone el acento en su texto sobre la demanda en cuanto función... de donde surge el deseo del Otro”.

Éste es, pues, el tipo de la mayor parte de los cambios introducidos en ciertos términos de función conceptual y tecnicismos, que no viene al caso enumerar en detalle. Hay uno, sin embargo, que es imprescindible explicar: la oposición *Moi-Je* se había vertido en la primera edición por la oposición “yo sustancial-yo formal”. Era, más que una solución, un expediente, como se reconocía, con las explicaciones necesarias, en la nota del traductor. Sin embargo, las resonancias indeseadas que esta terminología puede permitir hacen preferir al autor una solución tal vez menos elegante pero más precisa: ambos términos se traducen ahora por “yo”, pero cuando el original dice *je* se añade ese pronombre francés entre corchetes (*moi*: “yo”, *je*: “yo [*je*]”). Como es imposible, de todos modos, expresar en español la oposición, tendremos que repetir aquí la explicación que intentamos en la primera edición: para el lector no familiarizado con la lengua francesa, podríamos expli-

car esta diferencia señalando que *je* es la forma átona del pronombre de primera persona singular, forma que no puede tener otra función gramatical que la de sujeto y que además no puede aparecer sino “apoyada” en un verbo efectivamente expresado, mientras que *moi*, forma tónica, toma el lugar de todas las otras formas (*je*, *me*) cada vez que falta tal apoyo, por ejemplo cuando aparecen aisladas (*Qui?* –*Moi*: “¿Quién? –Yo”). Se comprende sin dificultad lo feliz que resulta esta circunstancia para expresar la concepción lacaniana del sujeto: *je* no es en realidad sino una especie de desinencia verbal, función que sólo tendría equivalente en nuestra lengua en la efectiva desinencia personal del verbo (la *o* de “amo”); pero mientras *je* tiene la autonomía, la identidad y la persistencia de una palabra, nuestras desinencias son sentidas como parte inseparable del verbo, una parte extremadamente cambiante y que puede llegar incluso a reducirse a cero. El hablante francés establece espontáneamente la relación entre un *moi* aislable y subsistente y un *je* puramente funcional, cuyo estatuto queda más subrayado aún cuando se le hace la violencia de sustantivarlo como lo sustantiva Lacan: *le Je* (expresión cuyas sugerencias no tienen nada que ver con la ya consagrada “el Yo”, equivalente de *le Moi*).

En la primera edición se citaba, en apoyo del expediente adoptado, al propio doctor Lacan, quien, en un comentario al traductor, aducía el concepto de un *moi* “*étouffé*” de Pichon. Es justo citar ahora lo que dice sobre esto en una nueva carta, especialmente porque sus frases arrojan sin duda alguna luz suplementaria sobre esta dialéctica, fundamental, del *moi* y el *je*.

“El Yo imaginario —dice Lacan— no podría corresponder a una persona más sustanciosa que el Yo [*Je*], ni este último estar vacío respecto de aquél.

”Es éste un deslizamiento que hubiera podido evitar a los gramáticos Pichon, y esto por ser psicoanalista. Pero ahí está precisamente la cuestión: ¿cómo situar la formalización gramatical a partir del discurso psicoanalítico?

”Es evidente que si soy responsable de que haya introducido usted a Pichon en su nota liminar, se impone una rectificación para advertir que mi discurso no toma apoyo en la gramática sino distinguiéndose de ella.”

Finalmente, repetiremos las justificaciones que dábamos en la primera edición por la adopción de algunos neologismos, de dos tipos principales: derivaciones, según los procedimientos habituales en la lengua, paralelas a las que el autor mismo introduce en la suya (“innatividad”, “remitencia”, “vehicular”, “completud”, “instintual” distinguido de instintivo, “presentificar”, etc., etc.; un caso un poco más audaz fue el cambio de género de “el nada”, distinguido de “la nada”, que queda explicado en nota); y traslaciones de sentido para intentar cubrir significados que no tienen, en la lengua a la que

se vierte, significante asignable (el caso más visible fue la atribución de un sentido oblicuo al tecnicismo “hiante”, “hiancia”, tomado del vocabulario de la retórica, para traducir el francés *béant*, *béance*, término ya frecuente en el léxico filosófico de esa lengua).

En cuanto al título de esta nueva edición, el editor lo ha devuelto ahora a la traducción literal del título francés, lo cual no sólo corresponde a los deseos del autor sino que unifica además este tomo con el segundo, que recoge los otros capítulos de *Écrits* no incluidos aquí.

No me queda sino repetir, a pesar de los cambios introducidos, el agradecimiento que expresé en la primera edición al doctor Armando Suárez por sus valiosos y pacientes consejos y explicaciones durante mi trabajo, y ahora por la atención con que siguió las vicisitudes de estas dos ediciones. En cuanto al doctor Lacan, si entonces insistí en la importancia del esclarecimiento que recibí, tan generosamente, de su erudición y su inteligencia, no puedo dejar ahora de añadir a aquél un homenaje suplementario a su interés, su paciencia y su laboriosidad, y una expresión más de gratitud por sus muestras de lo que me atrevo a llamar amistad.

TOMÁS SEGOVIA



**Uno**



# Obertura de esta recopilación

*“El estilo es el hombre mismo”, se repite sin ver en ello malicia alguna, ni inquietarse porque el hombre ya no sea una referencia tan segura. Por lo demás, la imagen de la lencería fina que engalana a Buffon en trance de escribir está ahí para sostener la inatención.*

*Una reedición del Voyage à Montbar (publicado póstumamente el año IX por Solvet) de la pluma de Hérault de Séchelles, título que retoma una Visite à Monsieur de Buffon de 1785, propiciaría un poco más de reflexión. No sólo porque se gusta allí otro estilo que prefigura lo mejor de nuestros reportajes bufonescos, sino por devolver la expresión misma a un contexto de impertinencia en que el huésped no le cede en nada a su visitante.*

*Porque el hombre blandido en el adagio, ya para entonces clásico por haber sido extraído de un discurso en la Academia, muestra en ese lápiz ser un fantasma del gran hombre, que lo ordena en libreto para apoderarse allí de toda su casa. Nada hay aquí que surja de lo natural y Voltaire, como es sabido, generaliza maliciosamente sobre ello.*

*¿Suscribiríamos la fórmula: el estilo es el hombre, con sólo prolongarla: el hombre al que nos dirigimos?*

*Eso sería satisfacer ese principio promovido por nosotros: que en el lenguaje, nuestro mensaje nos viene del Otro y, para anunciarlo hasta el final: bajo una forma invertida. (Y recordemos que este principio fue aplicado a su propia enunciación, pues, habiendo sido emitido por nosotros, recibió de otro, interlocutor eminente, su mejor cuño.)*

*Pero si el hombre se redujera a no ser más que el lugar de retorno de nuestro discurso, ¿no nos regresaría la pregunta de para qué dirigírselo entonces?*

*Tal es en efecto la pregunta que nos plantea ese nuevo lector, de la que se nos hace argumento para reunir estos escritos.*

*Le facilitamos un escalón en nuestro estilo dando a “La carta robada” el privilegio de abrir su secuencia a despecho de la diacronía de ésta.*

*Toca a ese lector dar a la carta en cuestión, más allá de aquellos a los que fue dirigida un día, aquello mismo que encontrará allí como palabra final: su destinación. A saber, el mensaje de Poe descifrado y volviendo de él, lector, de tal manera que al leerlo se diga no ser más fingido que la verdad cuando habita la ficción.*

*Este “robo (o vuelo) de la carta (letra)” se diría la parodia de nuestro discurso: sea que se atenga uno a su etimología que indica un acompañamiento e implica la precedencia del trayecto parodiado; sea que, devolviendo el término a su empleo común, se vea en él conjurada la sombra del maestro del pensar; para obtener el efecto que nosotros preferiríamos.*

*The rape of the lock, el robo del rizo, se evoca aquí el título del poema en que Pope, por la gracia de la parodia, arrebató, él hasta la epopeya, el rasgo secreto de su apuesta de irrisión.*

*Nuestra tarea reconduce este rizo encantador al sentido topológico que tendría el vocablo: nudo en el que se cierra un trayecto por su redoblamiento invertido —es decir, tal cual lo hemos promovido recientemente para sostener la estructura del sujeto.*

*Es ahí donde nuestros alumnos encontrarían fundamento para reconocer el “ya”, para el que a veces se contentan con homologías menos motivadas.*

*Porque desciframos aquí en la ficción de Poe, tan potente en el sentido matemático del término, esa división en la que el sujeto se verifica por atravesarlo un objeto sin que se penetren por nada, división que está en el principio de lo que se eleva al final de esta compilación bajo el nombre de objeto a (léase: a minúscula).*

*Es el objeto quien responde a la pregunta sobre el estilo que planteamos de entrada. A ese lugar que designaba al hombre para Buffon, lo llamamos la caída de ese objeto, reveladora de lo que lo aísla, a la vez como causa del deseo en donde el sujeto se eclipsa y como sustentando al sujeto entre verdad y saber. Del itinerario del que estos escritos son jalones y del estilo determinado por aquellos a los que se dirigieron, quisiéramos llevar al lector a una consecuencia en la que le sea preciso poner su parte.*

Octubre de 1966

# El seminario sobre “La carta robada”

*Und wenn es uns glückt,  
Und wenn es sich schickt,  
So sind es Gedanken.<sup>1</sup>*

Nuestra investigación nos ha llevado al punto de reconocer que el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en lo que hemos llamado la *insistencia* de la cadena significante. Esta noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como correlativa de la *ex-sistencia* (o sea: el lugar excéntrico) donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud. Como es sabido, es en la experiencia inaugurada por el psicoanálisis donde puede captarse por qué sesgo de lo imaginario viene a ejercerse, hasta lo más íntimo del organismo humano, ese asimiento de lo *simbólico*.

La enseñanza de este seminario está hecha para sostener que estas incidencias imaginarias, lejos de representar lo esencial de nuestra experiencia, no entregan de ella sino algo inconsistente, a menos que se las refiera a la cadena simbólica que las conecta y las orienta.

Sin duda sabemos la importancia de las impregnaciones imaginarias (*Prägung*) en esas parcializaciones de la alternativa simbólica que dan a la cadena significante su andadura. Pero afirmamos que es la ley propia de esta cadena lo que rige los efectos psicoanalíticos determinantes para el sujeto: tales como la preclusión (*forclusion, Verwerfung*), la represión (*Verdrängung*), la denegación (*Verneinung*) misma —precisando con el acento que conviene que esos efectos siguen tan fielmente el desplazamiento (*Entstellung*) del signifiante que los factores imaginarios, a pesar de su inercia, sólo hacen en ellos el papel de sombras y de reflejos.

1 [“Y si suerte tenemos / y si nos peta bien, / pues serán pensamientos.”  
Goethe, *Fausto*, I, La cocina de la bruja (según traducción de Cansinos Assens). AS]

Y aun ese acento se prodigaría en vano si no sirviese a los ojos de ustedes sino para abstraer una forma general de fenómenos cuya particularidad en nuestra experiencia seguiría siendo para ustedes lo esencial, y cuyo carácter originalmente compuesto no se rompería sin artificio.

Por eso hemos pensado ilustrar para ustedes hoy la verdad que se desprende del momento del pensamiento freudiano que estudiamos, a saber, que es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente, demostrándonos en una historia la determinación fundamental que el sujeto recibe del recorrido de un significante.

Es esta verdad, observémoslo, la que hace posible la existencia misma de la ficción. Desde ese momento una fábula es tan propia como otra historia para sacarla a la luz —a reserva de pasar en ella la prueba de su coherencia. Con la salvedad de esta reserva, tiene incluso la ventaja de manifestar la necesidad simbólica de manera tanto más pura cuanto que podríamos creerla gobernada por lo arbitrario.

Por eso, sin ir más lejos, hemos tomado nuestro ejemplo en la historia misma donde se inserta la dialéctica referente al juego de par o impar, del que muy recientemente sacamos provecho. Sin duda no es un azar y esta historia resultó favorable para proseguir un curso de investigación que ya había encontrado en ella apoyo.

Se trata, como ustedes saben, del cuento que Baudelaire tradujo bajo el título de: *La lettre volée* [“La carta robada”]. Desde un principio, se distinguirá en él un drama, de la narración que de él se hace y de las condiciones de esa narración.

Se ve pronto, por lo demás, lo que hace necesarios esos componentes, y que no pudieron escapar a las intenciones de quien los compuso.

La narración, en efecto, acompaña al drama con un comentario, sin el cual no habría puesta en escena posible. Digamos que su acción permanecería, propiamente hablando, invisible para la sala —además de que el diálogo quedaría, a consecuencia de ello y por las necesidades mismas del drama, vacío expresamente de todo sentido que pudiese referirse a él para un oyente: dicho de otra manera, que nada del drama podría aparecer ni para la toma de vistas, ni para la toma de sonido, sin la iluminación con luz rasante, si así puede decirse, que la narración da en cada escena del punto de vista que tenía al representarla uno de los actores.

Estas escenas son dos, de las cuales pasaremos de inmediato a designar a la primera con el nombre de escena primitiva y no por inadvertencia, puesto que la segunda puede considerarse como su repetición, en el sentido que está aquí mismo en el orden del día.

La escena primitiva, pues, se desarrolla, nos dicen, en el tocador real, de suerte que sospechamos que la persona de más alto rango, llamada también la ilustre persona, que está sola allí cuando recibe una carta, es la Reina. Este sentimiento se confirma por el azoro en que la arroja la entrada del otro ilustre personaje, del que nos han dicho ya antes de este relato que la noción que podría tener de dicha carta pondría en juego para la dama nada menos que su honor y su seguridad. En efecto, se nos saca prontamente de la duda de si se trata verdaderamente del Rey, a medida que se desarrolla la escena iniciada con la entrada del Ministro D... En ese momento, en efecto, la Reina no ha podido hacer nada mejor que aprovechar la distracción del Rey, dejando la carta sobre la mesa “vuelta con el sobrescrito hacia arriba”. Ésta sin embargo no escapa al ojo de lince del Ministro, quien tampoco deja de observar la angustia de la Reina, ni de traspasar así su secreto. Desde ese momento todo se desarrolla como en un reloj. Después de haber tratado con el brío y el ingenio que son su costumbre los asuntos corrientes, el Ministro saca de su bolsillo una carta que se parece por el aspecto a la que está bajo su vista, y habiendo fingido leerla, la coloca al lado de ésta. Algunas palabras más con que distrae los reales ocios, y se apodera sin pestañear de la carta embarazosa, tomando las de Villadiego sin que la Reina, que no se ha perdido nada de su maniobra, haya podido intervenir en el temor de llamar la atención del real consorte que en ese momento se codea con ella.

Todo podría pues haber pasado inadvertido para un espectador ideal en una operación en la que nadie ha pestañeado y cuyo *cociente* es que el Ministro ha hurtado a la Reina su carta y que, resultado más importante aún que el primero, la Reina sabe que es él quien la posee ahora, y no inocentemente.

Un *resto* que ningún analista descuidará, adiestrado como está a retener todo lo que hay de significativo sin que por ello sepa siempre en qué utilizarlo: la carta dejada por el Ministro, y que la mano de la Reina puede ahora estrujar en forma de bola.

Segunda escena: en el despacho del Ministro. Es en su residencia, y sabemos, según el relato que el jefe de policía ha hecho al Dupin cuyo genio propio para resolver los enigmas introduce Poe aquí por segunda vez, que la policía desde hace dieciocho meses, regresando allá tan a menudo como se lo han permitido las ausencias nocturnas habituales del Ministro, ha registrado la residencia y sus inmediaciones de cabo a rabo. En vano, a pesar de que todo el mundo puede deducir de la situación que el Ministro conserva esa carta a su alcance.

Dupin se ha hecho anunciar al Ministro. Éste lo recibe con ostentosa despreocupación, con frases que afectan un romántico hastío. Sin embargo Dupin, a quien no engaña esta finta, con sus ojos protegidos por verdes gafas inspecciona las dependencias. Cuando su mirada cae sobre un billete muy maltratado que parece abandonado en el receptáculo de un pobre portacartas de cartón que cuelga, reteniendo la mirada con algún brillo barato, en plena mitad de la campana de la chimenea, sabe ya que se trata de lo que está buscando. Su convicción queda reforzada por los detalles mismos que parecen hechos para contrariar las señas que tiene de la carta robada, con la salvedad del formato que concuerda.

Entonces sólo tiene que retirarse después de haber “olvidado” su tabaquera en la mesa, para regresar a buscarla al día siguiente, armado de una contrahechura que simula el presente aspecto de la carta. Un incidente de la calle, preparado para el momento adecuado, llama la atención del Ministro hacia la ventana, y Dupin aprovecha para apoderarse a su vez de la carta sustituyéndole su simulacro; sólo le falta salvar ante el Ministro las apariencias de una despedida normal.

Aquí también todo ha sucedido, si no sin ruido, por lo menos sin estruendo. El cociente de la operación es que el Ministro no tiene ya la carta, pero él no lo sabe, lejos de sospechar que es Dupin quien se la hurtó. Además, lo que le queda entre manos está aquí muy lejos de ser insignificante para lo que vendrá después. Volveremos a hablar más tarde de lo que llevó a Dupin a dar un texto a la carta ficticia. Sea como sea, el Ministro, cuando quiera utilizarla, podrá leer en ella estas palabras trazadas para que las reconozca como de la mano de Dupin:

*...Un dessein si funeste,  
S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.*

[*...Un designio tan funesto,  
si no es digno de Atreo, es digno de Tieste.*]

que Dupin nos indica que provienen de la *Atrea* de Crébillon.

¿Será preciso que subrayemos que estas dos acciones son semejantes? Sí, pues la similitud a la que apuntamos no está hecha de la simple reunión de rasgos escogidos con el único fin de emparejar su diferencia. Y no bastaría con retener esos rasgos de semejanza a expensas de los otros para que resultara de ello una verdad cualquiera. Es la intersubjetividad en que las dos acciones se motivan lo que queremos señalar, y los tres términos con que las es-

estructura. El privilegio de éstos se juzga en el hecho de que responden a la vez a los tres tiempos lógicos por los cuales la decisión se precipita, y a los tres lugares que asigna a los sujetos a los que divide.

Esta decisión se concluye en el momento de una mirada.<sup>2</sup> Pues las maniobras que siguen, si bien se prolonga en ellas a hurtadillas, no le añaden nada, como tampoco su dilación de oportunidad en la segunda escena rompe la unidad de ese momento.

Esta mirada supone otras dos a las que reúne en una visión de la apertura dejada en su falaz complementariedad, para anticiparse en ella a la rapiña ofrecida en esa descubierta. Así pues, tres tiempos, que ordenan tres miradas, soportadas por tres sujetos, encarnados cada vez por personas diferentes.

El primero es de una mirada que no ve nada: es el Rey y es la policía.

El segundo, de una mirada que ve que la primera no ve nada y se engaña creyendo ver cubierto por ello lo que esconde: es la Reina, después es el Ministro.

El tercero, que de esas dos miradas ve que dejan lo que ha de esconderse a descubierto para quien quiera apoderarse de ello: es el Ministro, y es finalmente Dupin.

Para hacer captar en su unidad el complejo intersubjetivo así descrito, le buscaríamos gustosos un patrocinio en la técnica legendariamente atribuida al avestruz para ponerse al abrigo de los peligros; pues ésta merecería por fin ser calificada de política, repartiéndose así entre tres participantes, el segundo de los cuales se creería revestido de invisibilidad por el hecho de que el primero tendría su cabeza hundida en la arena, a la vez que dejaría a un tercero desplumarle tranquilamente el trasero; bastaría con que, enriqueciendo con una letra [en francés] su denominación proverbial, hiciéramos de la *politique de l'autruche* (política del avestruz) la *politique de l'autruiche* (*autruichi*: “prójimo”), para que en sí misma al fin encuentre un nuevo sentido para siempre.

Dado así el módulo intersubjetivo de la acción que se repite, falta reconocer en él un *automatismo de repetición*, en el sentido que nos interesa en el texto de Freud.

La pluralidad de los sujetos, naturalmente, no puede ser una objeción para todos los que están avezados desde hace tiempo en las perspectivas que resume nuestra fórmula: *el inconsciente es el discurso del Otro*. Y no habremos de

2 Se buscará aquí la referencia necesaria en nuestro ensayo sobre “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, véase p. 193 de este tomo.

recordar ahora lo que le añade la noción de la *inmixión de los sujetos*, introducida antaño por nosotros al retomar el análisis del sueño de la inyección de Irma.

Lo que nos interesa hoy es la manera en que los sujetos se relevan en su desplazamiento en el transcurso de la repetición intersubjetiva.

Veremos que su desplazamiento está determinado por el lugar que viene a ocupar el puro significante que es la carta robada, en su trío. Y es esto lo que para nosotros lo confirmará como automatismo de repetición.

No parece estar de más, sin embargo, antes de adentrarnos en esa vía, preguntar si la mira del cuento y el interés que tomamos en él, en la medida en que coincidan, no se hallan en otro lugar.

¿Podemos considerar como una simple racionalización, según nuestro rudo lenguaje, el hecho de que la historia nos sea contada como un enigma policiaco?

En verdad tendríamos derecho a estimar que este hecho es poco seguro, observando que todo aquello en que se motiva semejante enigma a partir de un crimen o de un delito —a saber, su naturaleza y sus móviles, sus instrumentos y su ejecución, el procedimiento para descubrir a su autor, y el camino para hacerlo convicto— está aquí cuidadosamente eliminado desde el comienzo de cada peripecia.

El dolo, en efecto, es conocido desde el principio tan claramente como los manejos del culpable y sus efectos sobre su víctima. El problema, cuando nos es expuesto, se limita a la búsqueda con fines de restitución del objeto en que consiste ese dolo, y parece sin duda intencional que su solución haya sido obtenida ya cuando nos lo explican. ¿Es por eso por lo que se nos mantiene en suspenso? En efecto, sea cual sea el crédito que pueda darse a la convención de un género para suscitar un interés específico en el lector, no olvidemos que “el Dupin” que aquí es el segundo en aparecer es un prototipo, y que, por no recibir su género sino del primero, es un poco pronto para que el autor juegue sobre una convención.

Sería sin embargo otro exceso reducir todo ello a una fábula cuya moraleja sería que para mantener al abrigo de las miradas una de esas correspondencias cuyo secreto es a veces necesario para la paz conyugal, baste con andar dejando sus redacciones por las mesas, incluso volviéndolas sobre su cara significante. Es éste un engaño que nosotros por nuestra parte no recomendaríamos a nadie ensayar, por temor de que quedase decepcionado si confiase en él.